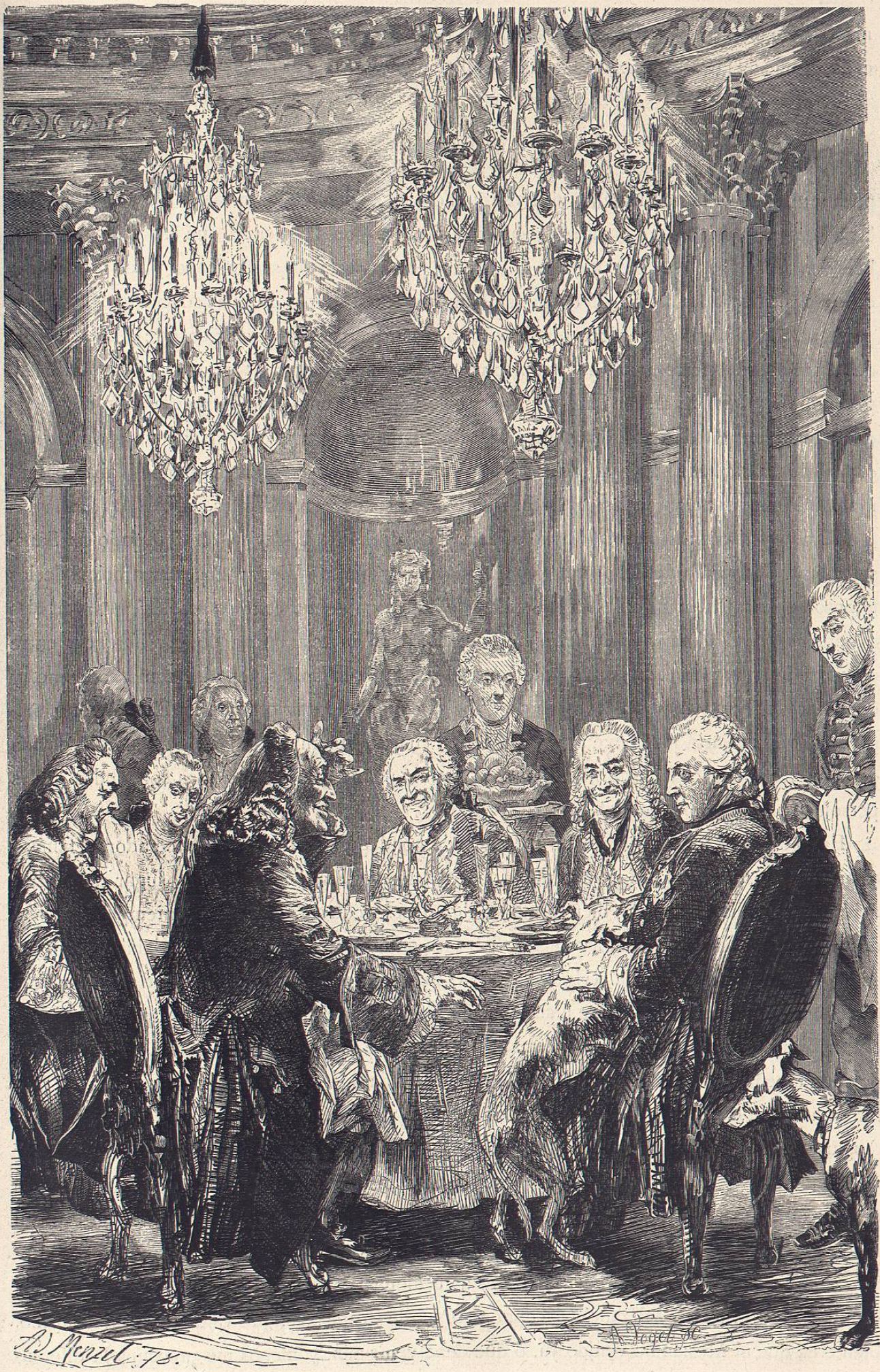




REUNION DE FEDERICO GUILLERMO I



MESA REDONDA DE FEDERICO EL GRANDE EN SANS-SOUCI

manes sólo eran buenos para ser apaleados. Por lo demás, fué indudablemente una fortuna para el desarrollo de la literatura alemana que Schiller pudiese decir con razon, hablando de su musa:

«Del trono de Federico
se alejó vilipendiada....»

puesto que nunca la poesía sana, vigorosa y enérgica se desarrolló en la atmósfera artificial de las cortes. Los príncipes alemanes procuraron siempre con insistencia que las mejores y más bellas producciones del genio alemán nacieran y prosperaran sin su concurso, y aún á despecho de ellos.... El gran maestro del despotismo ilustrado, el «filósofo de Sans-souci,» tenía, por otra parte, razon suficiente para decir en el último angustioso período de su vida, que estaba cansado de reinar sobre esclavos; y á juzgar por otras expresiones análogas, tuvo el claro presentimiento de que la pirámide del poderío prusiano, colocada de punta por él, podría derrumbarse el día ménos pensado. Y entre otros indicios y pronósticos no podía ocultársele que en la capital, cuya poblacion alcanzó bajo su reinado la cifra de 150,000 habitantes, predominaba «la más ignominiosa corrupcion de las costumbres en ambos sexos y en todas las clases.»

Característico era el contraste que ofrecía el despacho de Federico, en el terrado de Sans-souci, con el «pasillo del inspector» en el palacio imperial de Viena: una comparacion de los famosos «decretos marginales» que salían de aquel gabinete, con las resoluciones verbales adoptadas en el citado pasillo, hubiera bastado para dar clara idea de la diferencia entre el modo de gobernar de Federico y de José: el rey tenía todas las ventajas como soberano, y el emperador como hombre. Despues de trabajar con su secretario desde las cinco de la mañana, José solía bajar á las nueve al pasillo, con el cual se comunicaban las puertas de la oficina del inspector de la cancillería imperial, para recibir por su propia mano las solicitudes de las personas que esperaban audiencia.

En el año 1785 fué recibido allí, y escuchado bondadosamente por el emperador, el famoso escritor Augusto Teófilo Meissner, autor de los *Bosquejos*. La escena que tuvo lugar caracteriza á José. De mediana estatura, bien formado, algo grueso y de cara redonda, contempló ante sí al docto sajón; y sus ojos, de un azul claro, fijáronse en él un instante, sin que los labios perdiesen su expresion de benevolencia. «He oido, dijo el emperador, que le agrada á usted mi país, y que desea un destino correspondiente á sus conocimientos. Yo le creo apto para ocupar una cátedra de literatura alemana antigua y moderna. ¿Qué le parece á usted Praga?—Haría todo lo posible por desempeñar con celo el cargo que V. M. me confiara.—No se aprobará que yo dé la preferencia á un extranjero; pero yo pienso de otro modo. Cuando hice arreglar el Prater y Augarten, escogí, para trasplantarlos, árboles ya grandes, bajo cuya sombra pudiesen pasear mis contemporáneos. Lo mismo he de hacer con las instituciones públicas del país. No puedo esperar que Austria produzca un número suficiente de hombres que representen el espíritu moderno, y debo tomarlos donde los encuentre; por eso me importa poco que sea usted extranjero y protestante.» Meissner quería contestar cualquier cosa, mas el emperador añadió: «En cuanto á esto, sólo exijo tolerancia. El hombre honrado y capaz siempre valdrá para mí lo mismo, bien crea que el Mesías ha venido ya, ó que debe venir aún, y ménos me preocupa la diferencia entre las diversas confesiones cristianas. Yo digo con Nushirwan: *A mí me confiaron la*

mision de mirar por la felicidad de mis súbditos, no el cuidarme de su fe.» Esta última frase encerraba una alusion muy cortés á uno de los trabajos de Meissner, que pocos días despues recibió su nombramiento de profesor en la universidad de Praga. José era muy aficionado á la literatura y la música alemanas, y mantenía relaciones amistosas con el gran Mozart, á quien apreciaba y honraba altamente, con aquel mismo Mozart que S. A. el Arzobispo de Salzburgo, Colloredo, trataba como un esclavo agobiándole de insultos. Despues de la representacion del *Rapto en el Serrallo*, el emperador dijo: «Es demasiado bello para nuestros oídos, querido Mozart, y hay superabundancia de notas,» á lo cual contestó el célebre compositor: «Exactamente el número de las que se necesitan, Majestad.» Como la primera representacion del *Don Giovanni* no fuera acogida con mucho favor en Viena, José expuso su parecer diciendo: «Es una obra sublime, aún más bella que las *Bodas de Figaro*, pero no es bocado para mis vieneses.» «¡Bah! repuso Mozart, es preciso dejarles tiempo para saborearlo.» El emperador no tenía suficiente tiempo ni gusto para cooperar eficazmente en el movimiento de la literatura alemana; y por otra parte, la Viena de entónces no era terreno donde las ideas modernas hubieran podido germinar ni revestirse fácilmente de las formas literarias nacionales. Por lo demás, la vida morigerada y la sencillez de la corte de José hubieran podido servir de modelo á los príncipes alemanes si hubiesen querido imitarla, pero no lo hicieron, y de ello tenemos la prueba en todas las cortes alemanas hasta fines del siglo XVIII, puesto que tambien bajo el despotismo ilustrado siguieron entregadas á la disolucion, á los vicios y á la crápula. Los detalles de la vida de la corte en Stuttgart, bajo el reinado del duque Carlos Eugenio, en Munich bajo el Elector Carlos Teodoro, y en Berlin bajo el rey Federico Guillermo II, son páginas poco recomendables del libro de la historia: y si el desprecio cortesano de la ley moral y la corrupcion de la aristocracia eran considerados y tolerados como cosas naturales, segun sucedía, esto denotaba en el pueblo gran relajacion de sentimientos y falta de conciencia moral.

Tal conclusion la confirma el régimen de vida de los pueblos católicos y protestantes de Alemania hasta fines del siglo XVIII. Algunos viajeros alemanes que recorrieron el país ántes y despues de la mitad del siglo, hombres de vista perspicaz y de una veracidad incontestable, como Keysler, Risbeck y Nicolai, han publicado de cuanto vieron y oyeron, ciertas descripciones, las cuales demuestran que no solamente los grandes señores y nobles, sino tambien los simples ciudadanos y campesinos, obraban á menudo como si no existiese en el mundo nada parecido á leyes morales. El libertinaje tomó sus más desvergonzadas formas allí donde se unía con el fanatismo católico, como por ejemplo en Baviera, ó con la hipocresía protestante, como en Silesia. El entusiasmo pietista, que llegó á ser moda dominante en la clase distinguida, sobre todo en los cuatro primeros decenios del siglo, y que el conde Nicolás Luis de Zinzerdorf personificó en su mayor fuerza, constituyendo un rasgo característico de la historia de la civilizacion, fué propio para atraerse numerosos adeptos, así de la aristocracia como de la clase media, á los cuales reveló que la elegancia en el vestir, los bailes, los placeres de la sociedad y del teatro, y hasta la lectura de periódicos, eran cosas pecaminosas. Pero tal refinamiento misantrópico produjo decididamente más mal que bien, sobre todo porque alimentaba el principio insano de la indiferencia hácia la patria, alejando los pensamientos de los hombres de objetos prácticos, para fijarlos en las ilusiones de un mundo ideal.

Sin embargo, no se puede negar que entónces existía en Alemania otra cosa más censurable aún que la hipocresía de los conventículos, y era la rudeza académica. Un poeta contemporáneo, J. F. W. Zacharia, que siguiendo las huellas de Pope y de Boileau, introdujo con algun talento en la literatura alemana el género de poesía cómico-heróico, ha descrito la vida desarreglada de los estudiantes, pintándola con tal fidelidad en su narracion poética «El Fanfarron» (1744), que se cree estar viendo, con su antipático aspecto, á esos hijos embrutecidos de las musas:

Para los cuales la disipacion era el placer.
Bebedores incontinentes,
cuyo juego era la lid y cuyo goce era la pendencia.



PASEO DE KLOPSTOCK POR EL LAGO DE ZURICH

Justamente en aquella época en que el pueblo alemán estaba tan corrompido en todas sus clases, el genio del país preparábase en silencio para producir las obras artísticas y literarias que iban á cerrar un período de la civilización, la edad de la ortodoxia, y á inaugurar otro, nacido de la cultura y de la fuerza inteligente.

Por las razones ya expuestas en la tercera parte, el protestantismo alemán hizo muy poco en favor del arte plástico; el campo que podía fecundar, gracias á su primitiva y genuina índole, era el de la música y la poesía, en las cuales reveló á mediados del siglo una fuerza creadora que se elevó á las más sublimes inspiraciones, por lo ménos tocante á la primera. A decir verdad, el principio protestante, en toda su pureza y brillantez, fué el alma de la música de Bach y de Handel. Juan Sebastian Bach (1685-1750), de Eisenach, el gentil cantor de Santo Tomás, de Leipzig, fué el primero que supo expresar en toda su plenitud el sentimiento musical propio del pueblo alemán, dejándole extenderse cual majestuoso torrente de notas, y dirigiendo su curso con la seguridad del genio. Sus composiciones para el órgano dieron á conocer un



HANDEL



KLOPSTOCK



GELLERT



BACH

canto digno de tan magnífico instrumento. Bach supo comunicar al *Oratorio* procedente de Italia, una forma artística que debía considerarse como la más importante creación de la música religiosa y esta forma artística realizóla el maestro particularmente en la *Pasión de Mateo*, en la que lo melodioso y lo sublime confúndense en maravillosa armonía. El contemporáneo de Bach, Jorge Federico Handel (1684-1759), de Halle, obtuvo en Inglaterra con sus oratorios y sus cantatas (*Sanson, Macabeos, Mestas y Alejandro*), un triunfo inesperado é inaudito en los